



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

# LOS PRESUPUESTOS DE LAS MODERNAS PSICOLOGIAS CERRADAS Y DETERMINISTAS <sup>(1)</sup>

Por el Dr. AQUILINO M. POLAINO-LORENTE  
Profesor Adjunto de la Cátedra de Psiquiatría de Sevilla

A lo largo de la Historia del pensamiento, la postura de algunos de los investigadores de lo que podría llamarse la "condición humana", han venido a señalar una serie de hitos y escalones bien discutibles y oscuros en su propia naturaleza. Se trata especialmente de aquel sector adscrito a la investigación del hombre. No extraña tal oscuridad al enfrentarse con el problema del hombre, realidad siempre difícil de establecer en unos contornos fijados apriorísticamente. La investigación psicológica plantea así, problemas metodológicos de difícil solución. Se dan cita en ella el hombre como "objeto" científico y como "sujeto operativo" de la misma investigación, lo que trae consigo un compromiso existenciado y vitalista entre las conclusiones a las que llega el psicólogo y su propia visión del mundo.

Pero toda investigación psicológica y sus resultados, presuponen en muchas ocasiones unos principios antropológicos, que por otra parte se presentan ligados a presupuestos filosóficos. Algunos de estos presupuestos son admitidos por el in-

vestigador experimental sin haber reparado apenas en ellos.

El psicólogo, en su afán por servir a la "nueva ciencia", se ha dado tal vez demasiada prisa en olvidar la antigua y necesaria trabazón existente entre psicología y filosofía.

En otras ocasiones los presupuestos filosóficos de los que parte el psicólogo, lejos de ignorarse, se han constituido en el eje fundamental y vertebrador de toda su investigación operativa. El exceso que supone aceptar, sin crítica alguna, estos principios, amenaza con desnaturalizar los mismos resultados obtenidos. El ejemplo de unos y otros extremos pendulares, podríamos hoy encontrarlos —en

---

(1) Al Prof. Poveda de Agustín, ahora que se cumplen diez años de nuestro primer encuentro docente-discente en la Universidad Complutense. Mucho de lo aquí expuesto intenta recoger el fruto de sus enseñanzas. Aquellas ideas, que repudie de este artículo, acaso no sean sino las que yo añadí de mi cosecha personal.

cuanto posturas radicalizadas de alguno de sus desveladores— en una cierta tendencia del “behaviorismo”, así como en todo un sector de las corrientes psicoanalíticas de vanguardia, informadoras de una psicología social, para la que el materialismo dialéctico, ha venido a ocupar un lugar de excesiva presidencia.

Es interesante señalar el influjo que dichos corrientes puedan tener en la crisis cultural contemporánea. Como escribía Caruso, “podemos atestiguar que esta vasta psicología y, más particularmente, una determinada psicología que se ocupa de los motivos humanos y se relaciona, más o menos directamente, con el psicoanálisis y psicología profunda, influye profundamente en nuestra época y no nos deja nunca indiferentes: si reflexionamos sobre esto al provocarse nuestra curiosidad nos sentimos perplejos o desconfiados... Esta influencia la descubrimos (si nos fijamos en ello), en nuestra manera de hablar (hablamos de complejos, de represión, de lo inconsciente...), y después, querámoslo o no, en nuestra representación del mundo y nuestra manera de pensar”.

Conviene sin embargo, que antes de penetrar en los nuevos determinismos psicológicos (psicologismos cientistas) nos aproximemos si quiera un poco, a la aparición y significación del determinismo. Una definición del mismo en su perspectiva psicológica podría ser, “la teoría o principio actuante según el cual los hechos psíquicos se consideran efectos necesarios de condiciones precedentes”. El denominador común de estas corrientes es la negación de la misma libertad humana. Como dice Willwell, “empíricamente el determinismo interpreta la conciencia de la libertad como un juicio erróneo nacido del desconocimiento de los móviles inconscientes (tendencias determinantes). Una ulterior fundamentación empírica del determinismo, alude al hecho de que, conociendo bien el carácter, los hábitos, las in-

clinaciones, y la situación motivadora, pueden predecirse las decisiones de la voluntad de otro hombre. El determinismo intenta salvar los conceptos de responsabilidad, castigo, etc. (libertad de la voluntad) vacíos de sentido si se suprime la libertad”.

El determinismo resulta ser así no sólo una noción antónima a la de “teleología”, sino que surge de una actitud contrapuesta de la que interpreta la cualidad significativa de los fenómenos psíquicos en forma teleológica, de acuerdo con fines precisos.

Los presupuestos filosóficos del determinismo, tanto en el dominio de las ciencias psicológicas, como en el de cualquier teoría general de la vida humana, son tan antiguos como el hombre mismo. De hecho radican en esa tendencia anclada en las profundidades del ser personal y que se concretan tanto en el afán incondicional de seguridad, como en el temor a la decisión responsable

Para el pensamiento moderno, aparece formulada en Leibniz, quien afirma que “no existe acto voluntario sin motivo ni razón”. Tras un análisis de esta opinión, Leibniz concluía, que el último determinante que decide la conducta humana es “el motivo que de manera más fuerte” se impone a la razón. Los actos realizados bajo esta fuerza seguirían siendo libres, ya que cumplirían las condiciones necesarias de todo acto libre (“infalibiter, certo, sed non necesario”).

Pero este argumento es paradójico como señala Jolivet, ya que si “el motivo más fuerte” es la determinación de querer, la libertad queda reducida a una libertad de ejercicio, y no supone la auténtica libertad. De este modo la determinación de los actos del hombre por el citado “motivo más fuerte” se nos manifiesta como un neodeterminismo muy próximo al psicoanalítico. El “motivo más fuerte” se identificaría de esta suerte con la necesaria satisfacción instintiva.

"Ser libre no es ser indiferente a las tendencias que se manifiestan en la conciencia, ni menos aún sufrir necesariamente la acción de la más fuerte entre ellas, sino sencillamente determinarse a sí mismo" (Jolivet). "No es la voluntad la que quiere, sino el hombre por la voluntad y, por tanto, si existe libertad de querer, esta libertad es la del hombre mismo o, con otras palabras, si es cierto que no puede haber acto libre sin motivo, éste no es causa del acto (lo que nos llevaría al determinismo), sino parte integrante de él o, más exacto aún, lo que le constituye como libre" (ibid).

El hombre, pues, antes de elegir pasa por una etapa cuya característica esencial es la competencia de varios motivos diferentes. Sólo se da un cierto motivo en las acciones impulsivas o en las acciones voluntarias simples.

Después de esta etapa de competencia entre motivos diferentes (cada motivo sería una invitación a una conducta posible) el hombre mediante la resolución, se identifica con una determinada tendencia, actualizando así, y decidiendo finalmente la potencialidad de su conducta. Como dice Lersch, "esta decisión se basa en reflexiones, o sea sobre actos noéticos (de conocimientos), que proporcionan la comprensión necesaria para la realización práctica, teniendo en cuenta las consecuencias de una acción en su finalidad o falta de finalidad, en su valor o falta de valor respecto de la meta a que se aspira, encaminada a lograr una configuración y una forma de vida con responsabilidad".

De este modo la acción electiva permite, gracias a la conciencia, un compromiso responsable en base a la personal libertad. De los distintos motivos que nos aparecen en la conciencia, la libertad concretada por la decisión escoge uno de ellos nutriendo de manera responsable la acción. Tanto da que el motivo escogido sea aparente o verdadero: basta que se escoja. Es la elección lo

que compromete al identificar nuestra conducta con el propósito subsiguiente.

El gran argumento del determinismo se funda en la presunción de que conocidas las leyes que rigen los fenómenos, éstos pueden predecirse, por cuanto estarían causados por dichas leyes. No habría otro problema que el de llegar al conocimiento y formulación de semejante legalidad. Pero acontece que este argumento es tan falso como ingenuo, puesto que supone la transposición al orden de la naturaleza sensible, del concepto de ley usual, en el ordenamiento jurídico.

En este último, la ley prescribe tales o cuales acciones o prohibiciones que porque se consideran posibles, son penales. Sin embargo, en las llamadas leyes de la naturaleza, lo que realmente se significa en ellas no es una prescripción, sino una descripción de un hecho que, precisamente, se produce cuando concurren determinadas condiciones, ninguna de las cuales suele ser de por sí causa suficiente para determinar el hecho en cuestión; por ejemplo, la llamada ley de gravedad es la descripción del fenómeno de la caída de algo material cuando pesa más que el aire y no hay otro factor que lo impida. Es decir, que las referidas leyes de la naturaleza lo que en definitiva expresan son las múltiples formas de la inercia, mientras que las disposiciones legales ("more usualis") lo que tratan es de orientar la conducta personal, precisamente en base a que ésta no es infalible como lo sería en el caso de un determinismo absoluto.

Cuestión aparte es la del condicionamiento. Que las propias decisiones están condicionadas es justamente algo insuperable de la libertad como vivencia. La posibilidad de elegir no está en el plano psicológico al menos, tanto en la deliberación sobre lo elegible como en la de las condiciones de la elección. En último caso, aquello que puede determinarnos realmente no pasa de ser, por mucho que sea el peso de su incidencia, un dato más

a favor de tal o cual decisión. En definitiva, el acomodarse a aquello que resulta o parece menos oneroso es, siempre, operación voluntaria.

Una primera postura determinista tiene un antecedente remoto en la vieja psicología empírica y experimental, y a través del asociacionismo, y de la reflexología, es recogida después como conductismo y aplicada en serie a las llamadas teorías factorialistas de la personalidad, cuya metodología es el análisis factorial.

El descubrimiento de los reflejos condicionados nace a partir de las investigaciones llevadas a cabo en la psicología animal. Desde que Pavlov, el premio Nobel del año 1904, diese a conocer el resultado de sus experimentos en el Congreso de Fisiología de 1935, se sentaron las bases de la reflexología y de su relación a la psicología. Desde su nacimiento, la reflexología, se aglutina dentro del biologismo, más bien que dentro de la psicología. Aunque Pavlov llevó a la cumbre la teoría de los reflejos condicionados, fue Sechenov el pionero de este movimiento al intentar reducir la totalidad de la vida psíquica a puro movimiento muscular. "Toda la diversidad infinita de las manifestaciones externas —escribía— de la actividad del cerebro, en un análisis fino pueden ser consideradas como un fenómeno único: el movimiento muscular... Un pensamiento consiste en los dos primeros tercios de un acto reflejo". Otros antecedentes habría que buscarlos en Bechterev, el fundador de la "psicología objetiva".

Para PAVLOV, la conducta humana deviene en un sistema de reflejos —resultado del binomio estímulo-respuesta— que comienza fuera del hombre y finaliza también fuera de él. Las bases de partida serán el reflejo —el estímulo produce una respuesta motora— y su metamorfosis; es decir, el cambio operado en el reflejo primario, espontáneo e incon-

dicionado que queda transformado así en secundario, adquirido y condicionado. Este modo la reflexología nace como un reproche contra el empirismo asociacionista "de la psicología totalitaria que se detenía demasiado en la especulación dialéctica de la vivencia, o estados psíquicos conocidos por la introspección... descuidando el resultado y la proyección del mundo psíquico en la vida total del hombre" (CRUZ HERNANDEZ). Una definición de la reflexología puede ser la encontrada en el libro de SMIRNOV: "actividad psicológica del hombre que por su origen y funcionamiento es una actividad de carácter reflejo, una actividad de carácter superior, que es por su contenido un reflejo de la realidad objetiva, que se halla condicionado por las particularidades de su vida y de su trabajo y, en primer lugar, por las condiciones de vida de la sociedad a que el hombre pertenece. Otro intento más reciente es el perseguido por algunos autores buscando un acuerdo común entre el psicoanálisis y la reflexología. Es verdad, que mientras la r. considera al ser humano como una "cadena de reflejos", el psicoanálisis le traduce como una "cadena de instintos". Los procesos de inhibición y excitación pavlovianos provocadores de las "neurosis animales" tienen su réplica así en los procesos de represión e inhibición freudianos, hallados en las n. humanas. Por aquí se explica la gran influencia que la reflexología ha tenido en el "behaviorismo" de WATSON, fundamentado en el utilitarismo de nuestra época y en la persecución de la "efficiency" norteamericana. Sin embargo, el hombre y su psicología resultan ser más amplios, sobrepasando ambas concepciones modélicas del hombre, construídas de espaldas a la vida humana. La patología mental, según aquéllas, no sería más que una serie anormal de reflejos condicionados incapaces de resolver las indistintas situaciones vitales y perturbadores de la salud.

Es verdad, que los hallazgos encontrados se comienzan hoy a aplicar en la terapia de desintoxicación alcohólica y de descondicionamiento homosexual, así como en métodos de relajación, parto sin dolor, etc., y que tal vez con ellos se pudiera explicar ciertos automatismos humanos, así como ciertos hábitos obsesivos del hombre. Pero ni siquiera desde el lado de la investigación neuropatológica —provocación de neurosis experimentales— recibe plena confirmación la reflexología. Más bien encuentra allí un cierto eco contradictorio. Como las investigaciones de GANTT en el laboratorio pavloviano de la John Hopkins Medical School demostraran, cada animal sometido a la formalizada experimentación condicionada, respondía con un cierto sesgo de conducta individualizada que escapaba así al determinismo reflexológico. Como el mismo LOPEZ IBOR escribe, “la monotonía de las condiciones de entrenamiento conduce a reacciones neuróticas y el método engendrador de reflejos condicionados representa sólo un “factor precipitante” de la conducta neurótica”. Igualmente opina JOLIVET, “el instinto supone ya un notable margen de variabilidad; con la inteligencia, este margen aumenta inmensamente. Síguese de ahí que toda negación de la libertad humana que pretendiera fundarse en el determinismo histofisiológico no sería otra cosa que una pura y simple petición de principio”. La reflexología llega demasiado lejos, cuando simplificando trata de agotar la significación del S. N. en un puro mecanicismo. “Que los reflejos condicionados existen —escribe LOPEZ IBOR—, no cabe duda; pero que el sistema nervioso no sea otra cosa que una pirámide de reflejos es algo que no puede aceptar la neurología actual”. Los mismos movimientos humanos a los que reducía SECHENOV todo psicologismo manifiestan en sí otras posibilidades: el ser intencionales —estar animados de una dirección finalista y de

sentido—; el de no responder en muchas circunstancias a ningún estímulo —ni externo, ni interno—, sino ser cumplida consecuencia de una elección personal. Súmese a ello las múltiples posibilidades de las que dependen su morfología externa, con un fin de variaciones, inhibiciones y modificaciones, que le dan la finura y especialización de la propia actividad inteligente y humana.

La reflexología, supone por tanto una “psicología sin psicología” al desterrar del campo de la conciencia humana la atención, la memoria, la inteligencia, etcétera, en su intento de reducirlo todo a ciencia natural, teleológicamente motivada por su afán de objetividad. Este hurto del espíritu que al hombre se le hace, pone al descubierto el “intransigente monismo materialista” del que parte.

Tenemos que afirmar con JOLIVET, que “la realidad aparece inmensamente más compleja y convence de que el organismo reacciona como un todo, y de que el S. N. no conoce sino procesos globales, definibles en términos de estructuras”. Desde el punto de vista antropológico, esta falta de fundamentación filosófica, desconocedora de los problemas gnoseológicos, le hace caer por su propia base, al eliminar del hombre el área de la íntima subjetividad.

Spearman (1904), Thurstone (1938) y, en particular, Eysenck (alemán emigrado a EE. UU., y luego Profesor del Instituto de Psiquiatría del Hospital Maudsley de Londres, y de las Universidades de Pensylvania y California) que intenta lograr el conocimiento científico de la personalidad a través del método experimental estadístico por él denominado “análisis factorial”, forman la otra cara del moderno movimiento conductista. El riguroso empeño objetivador de los fenómenos psíquicos conduce de manera inevitable a la exclusión de la realidad subjetiva y de las operaciones a ella atribuidas. La personalidad sería la resultante total de los “patrones” (pat-

terns) reales o potenciales del organismo, determinados por la herencia y el ambiente.

Cuatro son, según Eysenck, los sectores que integran los patrones de comportamiento: inteligencia (sector cognitivo), carácter (sector conativo) temperamento (sector afectivo), y constitución (sector somático).

Desde la perspectiva científico-natural de Eysenck, "el individuo único es simplemente el punto de intersección de cierto número de variables cuantitativas" ("Estudio científico de la personalidad", página 19).

No obstante el interés de ciertas aplicaciones de la anterior concepción del hombre y su conducta, esta dirección psicológica, ha tenido menos influencia de cara a la opinión pública, que el psicoanálisis.

Con Freud, se actualizó una vez más la dialéctica entre determinismo y libertad. Todo acto humano responde a una causa que lo determina necesariamente. Dicha causa es la insoslayable satisfacción de los instintos, concebidos en su mera condición biológica. El comportamiento humano es el epifenómeno aparente de la tensión creada por tales exigencias frente a las limitaciones impuestas por la inercia de las realidades externas. El ser personal se contrae a la superestructura creada por el dinamismo del "aparato psíquico". La conciencia psicológica queda reducida a un simple registro de contenidos sin espacio ni tiempo posibles para la decisión. El desarrollo de la personalidad consistiría en tal caso en la eliminación de todo aquello que se opone a la satisfacción adecuada de las demandas instintivas.

Sin embargo, el mismo dinamismo psicoanalítico no quedó atascado en esta versión monopolizadora. Otros monopolios evolutivos vendrían después. Recientemente, Rof Carballo, ha esquematizado

magistralmente estos escalones evolutivos del psicoanálisis, en tres etapas, que a continuación transcribimos:

"a) Teoría clásica del instinto, de Freud. En ella lo decisivo es el concepto de energía psíquica y de conflicto. Uno de sus elementos básicos es el complejo de Edipo.

b) Análisis del Yo, todavía dentro de la teoría clásica, y que —según Guntrip—, por permanecer vinculado todavía a la teoría del instinto, no podía dar más que una idea superficial del Yo, estimándolo tan sólo como un aparato utilitario del control de los impulsos; como un instrumento de adaptación a la realidad externa; como un medio de la conciencia perceptiva, etc., etc. (Guntrip, 1968, página 127).

c) La obra de Melanie Klein, permite "explorar la psicología del objeto" como algo psiquisamente internacionalizado y de esta manera convertido en factor del desarrollo del Yo.

d) A partir de la obra de Fairbairn, surge la teoría de la relación objetal, pero poniéndose su énfasis en el Yo. Lo decisiva en el cambio reside en el "objeto" (por ejemplo en el pecho materno) que no es algo necesario para la gratificación del impulso instintivo, sino algo indispensable para el desarrollo del yo. Lo que, de pronto, pasa al primer plano de la consideración psicoanalítica no son las vicisitudes de los instintos, sino el desarrollo del yo, entendido este Yo, no como un elemento o instancia de la vida psíquica, sino como una totalidad originaria".

En esta evolución, se ve como el acento se va trasladando desde el sujeto (instintos en Freud), a los objetos (que se internalizan, participando en la constitución del Yo), a finalmente a la relación entre el sujeto y el objeto (en dicha relación y el sistema que la constituye, sustituye a la energía psíquica

y parece olvidarse la vieja importancia que alcanzaban los instintos).

“Los estudios en primates, principalmente los realizados por los Harlow,—continúa Rof Carballo—, pero también por otros muchos investigadores, y las observaciones sobre el “troquelado”, demuestran que la “teoría oral”, es decir, la que sostiene que la adhesión a la madre es secundaria a la satisfacción de la necesidad de alimento, tiene que ser abandonada en pro de un impulso a la adherencia de la figura materna (Bowlby). Aquí nos encontramos con un nuevo golpe asestado a la teoría del instinto que ha de ser gratificado, esto es, satisfecho, que es capital en las primeras formulaciones psicoanalíticas.

Sin embargo, no se agota en esta postura el determinismo psicoanalítico. Por último, en una última etapa de avanzada, al materialismo dialéctico, al estructuralismo, y al psicoanálisis no le son indiferentes, el problema de la moderna lingüística. Mas bien podría decirse que se articulan en un quiasma interdependiente —en la versión lacaniana, por ejemplo— en donde es difícil encontrar un hiato o solución de continuidad entre la trinidad de estas corrientes de pensamiento. De otra parte conviene no echar en el olvido, la condición presupuestada de hacer una antropología, condición también común a los tres sistemas.

Un estudio profundo de estos temas, exigiría un replantearse la condición del hombre actual, lo cual pide simultáneamente, un estudio del hombre en la sociedad constituida por él, y constituyente de sí mismo.

Las exigencias —en extensión e intensidad— que se perfilan al enfrentarnos con estos problemas, rebasan ampliamente el tiempo dedicado a este estudio, haciendo obvio el entrar aquí en todas y cada unas de estas cuestiones.

Por esta razón nos limitaremos a solo

jalonar aquí el camino que seguiremos en un posterior trabajo. Las siguientes líneas intentan, pues, aproximarse a un dibujo apenas esbozado de los hitos fundamentales en estas articulaciones problematizadoras.

Desde la definición dada en 1963 de “la actividad estructuralista”, como “esencialmente una actividad, es decir, la sucesión regulada de cierto número de operaciones mentales”, hasta la formulada por J. Starobinski, “el estructuralismo no es otra cosa que una determinada disposición a tener en cuenta la interdependencia y la interacción de las partes dentro del todo”, cabe una variedad suficiente, sustentadas todas ellas por pensadores adscritos al sistema.

De hecho lo nuclear del estructuralismo podría resumirse en lo que sigue:

—la suma de las partes no totalizan el todo en que se constituyen.

—el todo es mayor que la suma de las partes.

—la estructura resulta ser el modo en que las partes de un todo se conectan entre sí.

—descubrir una estructura exige un análisis interno de la totalidad, distinguiendo los elementos y el sistema de sus relaciones.

—el desmontaje de los elementos estructurales y la vuelta a sus primitivas articulaciones, permite el conocimiento de lo que estaba latente y hundido en la estructura, que por otra parte era la sustancia de la mecánica de su funcionamiento. El conocimiento de la realidad a través de lo “manifiesto” desconociendo o desacreditando estos núcleos estructurales sería solo apariencia, y por tanto falso conocimiento. A lo más una aproximación alienante a la comprensión del mundo real.

—el sentido del conjunto estructural es inmanente en cada uno de los elementos constitutivos.



—la vía de conocimiento estructuralista pasa precisamente por la red de relaciones internas que determinan su coherencia propiamente dicha.

—el estructuralismo debe partir de un modo solidario para obtener por medio del análisis, los elementos que contiene.

—el estructuralismo supone una revisión de la noción de historia, pues si la sincronía tiende a una inmovilización de la temporalidad, la diacronía tiende a representar el proceso histórico como una pura sucesión de formas.

Una vez agrupados con superficialidad y sin entrar en el detalle los núcleos estructuralistas más destacados, ya se puede intuir su proximidad e instalación en el determinismo al que apunta.

Los modernos estructuralistas psicoanalíticos no intentan otra cosa que la de reducir la teoría freudiana —que también era determinista— a un eje monopolizador y escotomizado sobre el que ha de vertebrarse toda la constitución del propio yo, del inconsciente, y del propio hombre, ahora ya reducido a representaciones verbales, correspondientes en el sentido latente a la praxis de una cadena de significaciones.

Al negarse —de otro modo a los anteriores psicoanalistas heterodoxos— el instinto o pulsión en el hombre, reducen el inconsciente por ejemplo, a “un hombre habitado por el significante”, conquistando así una edición aun más barata de lo que sea el hombre. Y por si queda alguna duda, en un salto de audacia llegar a la frontera-límite de lo humano, reduciendo el significante, al “símbolo de la ausencia”.

El monopolio es tan determinado, que la terapia debería reducirse a un análisis estructural de las palabras, según el cual el sujeto se iría comprometiendo en una desposesión siempre creciente de su ser si mismo, y acabaría por reco-

nocer que este ser no habría sido nunca sino una obra imaginaria.

No nos extraña, después de lo relatado más arriba, que en esta modernísima teoría esclavizadora del hombre, las sensaciones, la formación del propio yo, la conciencia del yo como arquitectura corporalizada, la vivencia existencial del cuerpo como realidad total, queden ausentes. Y es que el hombre definido estructuralmente sin corporalidad, nunca jamás puede ser un hombre real. Por lo que respecta a la sintomatología, y a la concepción de su epifenómeno, el síntoma, el psicoanálisis estructuralista, también parece escapar a la realidad.

Es verdad que el síntoma —se conoce desde el mismo Breuer en sus investigaciones sobre la histeria en la Salpetrie, a finales del siglo pasado— muchas veces lleva prendido en sus redes un significado que escapa a la conciencia y que se hunde silenciosamente en la corporalidad, para desde allí gritar sus derechos. Sin embargo, ello no autoriza a ningún autor a sobreseer la experiencia de la propia corporalidad a la hora de investigar sobre la constitución del propio yo. Criticaban esta pléyade de autores las investigaciones empiristas, y resulta ahora que en el juego de los empirismos, el estructuralista-analista lleva la antorcha del idealismo.

Una comprensión —o su intento— del hombre, de espaldas a la corporalidad —lo que incluye la temporalidad y espacialidad, dimensiones siempre dimanadas de la realidad de la encarnación—, compromete negativamente, la explicación y comprensión de lo que puedan ser las personas humanas. Y a pesar incluso de cuantas abstracciones y visiones estructuralistas invitemos a intervenir en la fundación de una nueva e “inteligente” antropología. La realidad humana —siempre encarnada— queda ahí pidiendo una explicación —la de su misma existencia— y comprometiéndolo al

autor en ocasiones más de lo que el mismo quisiera.

Los autores más representativos de estas nuevas hipótesis llegaron a negar la existencia de los instintos en el hombre. Tal significación alcanza la más subida cordillera en el pensamiento lacaniano. En efecto, llega así a afirmar, "ya nadie cree que existe (el instinto), en ningún campo científico, salvo algunos psicoanalistas particularmente retrogados". En su defecto propone el concepto de tendencia. Y al observar que en su hipótesis tampoco hay lugar para las tendencias, las disfraza de deseos, negándolas a nivel biológico.

Su justificación última es tal vez un intento desenfadado de darle cabida dentro del marco trazado por su hipótesis. Pues por otra parte manifiesta reconocer que de alguna manera parece funcionar. Sin embargo al reconocer simultáneamente que no sabemos como se articula a la estructura humana, y que incluso no se pudo "desmontar" la existencia de la misma, tampoco puede conocerse como funciona.

En este reconocimiento "sublimado" de que debe existir algo que aún ignora, se dibuja una de las lagunas del sistema estructuralista, intento explicador de un hombre inhumano.

Las objeciones, finalmente, que podrían objetarse a esta recién nacida psicología estructuralista, serían entre otras, las siguientes:

La reducción de la doctrina psicoanalítica a una dimensión unilateral. La visión escotomizada que esta reducción alimenta, contribuyendo así a una edición minimizadora y barata de lo que sea el hombre, además de inexacta. La dificultad comprensiva de su propio sistema a la hora de justificar desde un punto de vista psicológico la corporalidad, o las coordenadas témporo-espaciales, etc. La negación de la instintividad humana, ya sea formalizada como un

impulso o como tendencia. La definición inconclusa y exigidora de petición de principio de las relaciones humanas en la intersubjetividad, y sus implicaciones en la formación del yo, en consecuencia con el papel representado por el "otro" en sus relaciones al objeto. La negación (que intenta acuñar) de la validez de la ciencia, con respecto a lo que sea la naturaleza humana, al concebir un modelo tal, que hace reconocible sólo la posibilidad de su inexistencia.

Una vez penetrada, aunque un tanto superficialmente, las tesis lacanianas, nos viene a la pluma aquello que escribiera Caruso, "Ningún ser viviente, salvo el hombre, es capaz de crear utopías; pero no se ha observado suficientemente que todas las utopías que forja las realiza y hasta las sobrepasa".

Y si el hombre no se sintiera capaz de sobrepasarlas —estos intentos de utopía— caería en el miedo, el cual por otra parte está ya presente en el mundo actual.

"Pero el mundo enajenado de lo humano —continúa Caruso— es un mundo del miedo; puesto que el peligro escapa de mi responsabilidad, es más fuerte que yo y es muy natural que yo tenga miedo. Y cuanto más miedo tengo menos capaz soy de dominar lo que me produce el miedo. De ahí esta curiosa actitud apocalíptica que es propiamente maníaca: la máquina se vuelve loca y, más poderosa que el hombre, será el Ángel del nuevo Apocalipsis".

Esto que decía Caruso con respecto a la técnica, muy bien pudiera hoy aplicarse a los últimos sistemas psicológicos, tales como la radicalización estructuralista. Aquí también el hombre puede enajenarse a sí mismo mediante una visión maníaca del hombre. Visión, que cuando es sustentada hasta los extremos precisados anteriormente, se siente impelida a atascar al hombre en el miedo.

En el fondo al traer hoy aquí estos

presupuestos no intentamos sino refrescar el planteamiento del problema dialógico siempre presente entre el progreso científico y la conservación de todo el saber conquistado con anterioridad. "La ambivalencia del progreso —todo lo que es humano es ambivalente— es una razón suficiente para ponerlo en duda. La ley humana es: crecer o morir; el crecimiento es a veces difícil y peligroso, pero es una obligación humana y no se le puede rehuir más que en el estancamiento de la muerte. El que cree en un progreso esencialmente bueno y rectilíneo absolutiza ingenuamente un solo término de la ambivalencia fundamental del progreso, como el que no ve más que el lado negativo".

Las consideraciones aquí traídas buscan ese lugar de serenidad en que la ambivalencia deja de serlo, y desde el cual "sine ira et cum studio" puede encontrarse una cita con la realidad.

Interesa pues, airear a veces, los sistemas psicológicos contruidos como con tiralíneas, y con un cierto deje de amargura belleza, negadora de la específica

realidad humana. El refrescar existencialmente tales postulados, no dudamos, beneficiará necesariamente a la ciencia, ayudando a la libertad humana en su revelión, frente a las otras esclavas concepciones que envilecen al hombre, hundiéndole en los abismos sin horizontes de la condición perdida de lo humano. Acaso se haga necesario recordar que una concepción del hombre, despreciadora del cuerpo y que envilece el espíritu y lo degrada, está ya imposibilitada para elevar la totalidad a la plenitud, y permitir que el hombre se desarrolle en toda su estatura.

Y es que como acertadamente sostiene Caruso, "el hombre, desgarrado entre la necesidad de progresar y la tentación de apegarse al pasado, no se reconoce ya en sus obras. El espíritu humano reniega de lo que ha engendrado; se enajena a sí mismo en una técnica que forma parte de él, pero que ya no le es transparente. El espíritu se retira de las posiciones que ha creado: no es la técnica la que es deshumanizante, es el espíritu angustiado quien se amputa de lo que es esencialmente humano".

## BIBLIOGRAFIA

---

- F. L. MUELLER: "La psicología contemporánea". Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1963, págs. 90 y ss.
- J. J. LOPEZ IBOR: "Lecciones de Psicología médica". Tomo II, Paz Montalvo, Madrid, 1968, págs. 26, 358 y ss.
- R. JOLIVET: "Tratado de Filosofía. Psicología". Tomo II, Carlos Lohlé. Buenos Aires, 1956, 5.ª ed., págs. 60 y ss.
- M. CRUZ HERNANDEZ: "Lecciones de Psicología". Revista de Occidente, Madrid, 1969, 3.ª ed., págs. 40 y ss.
- BECHTEREW: "Objektive Psychologie oder Reflexologie", Leipzig, 1913.
- BRETT: "History of Psychology", 3 vols., Londres, 1950.
- MERCIER: "Los orígenes de la psicología contemporánea". Madrid, 1901.
- PINILLOS: "Introducción a la psicología contemporánea" Madrid, 1962.
- ZARAGÜETA: "Modernas direcciones de la psicología experimental", Madrid, 1910.
- H. J. EYSENCK: "Estudio científico de la personalidad". Paidós. Buenos Aires, 1959.
- HOSPERS, J.: "La conducta humana", Madrid, 1961.
- G. W. LEIBNIZ: "Theodicea", tomo I, página 49.
- "Nouveaux essais sur l'entendement humain", tomo II págs. 13-54.
- P. LERSCH: "La estructura de la personalidad", Barcelona, 1963, págs. 442 y ss.
- WILLWOLL: Citado por Bela SZEKELY en "Diccionario de la Psique", Buenos Aires, 1958.
- I. A. CARUSO: "La psicología en la crisis cultural contemporánea. Colecc. "O crece o muere", Ateneo, Madrid, 1959.
- J. ROF CARBALLO: "Precisiones sobre el concepto de urdimbre", Rev. Ibyss, año XXX, núm. 4, págs. 295 y ss.
- J. M. POVEDA DE AGUSTIN: "Comunicación personal".